

# Cuba.com

## Escapes, descosidos y reinención del espacio nacional

---

**Francisco Morán**

### I. LA NACIÓN EN FUGA

Si las revistas impresas producidas en el exilio<sup>1</sup>, así como la diáspora de escritores, artistas plásticos, músicos y actores<sup>2</sup>, han contribuido a desterritorializar la cultura cubana, las publicaciones electrónicas —que tampoco han dejado de proliferar— constituyen, posiblemente, uno de los medios más eficaces para cuestionar los mecanismos homogeneizadores de la burocracia cultural cubana.

Para comprender esto uno sólo tiene que recordar la enorme significación simbólica del lugar en que operan las publicaciones electrónicas: el «espacio virtual». Recordemos que el *Diccionario* de la RAE, define «virtual» en los siguientes términos: «(Del lat. *virtus*, fuerza, virtud). adj. Que tiene virtud para producir un efecto, aunque no lo produce de presente. U. frecuentemente en oposición a efectivo o real. // 2. Implícito, tácito. // 3. *Fis.* Que tiene existencia aparente y no real»<sup>3</sup>. La fuerza de lo «virtual» descansa en su *virtud* para producir un efecto de realidad, y, por lo mismo, un efecto de presencia. Esa *simulación* de una presencia que no es tal tiene un efecto paradójico: borra u oscurece la diferencia entre la cosa y su representación. Añádase a esto que, a diferencia de lo que sucede con el espacio geográfico, el virtual no tiene fronteras, ni zonas de contención. Cuando nos conectamos a la red cibernética entramos al mundo de infinitos desvíos, de impredecibles caminos, de escandalosos travestismos. La fuerza de lo «virtual», más que en una imitación exitosa de lo «real» estriba, entonces, en la producción de la realidad como *efecto*, subvirtiendo así el autoritarismo de esa «realidad». Está, además, el hecho cierto de que las revistas electrónicas alcanzan a un público más vasto y diverso por razones que no necesitamos explicar. De esta manera, constituyen una plataforma ideal para la formación de ciudadanías y nacionalidades que, no solamente no exigen pruebas jurídicas o lealtades, sino que también permiten entrar y salir libremente de ellas.

Las revistas electrónicas de literatura que se están haciendo en el exilio intervienen de dos importantes maneras en la cultura nacional. Por un lado, al autoreconocerse a sí mismas como «cubanas», reafirman la diaporización y las fugas de esa cultura; por el otro, en lugar de pedir que se les permita el acceso a la misma, lo exigen; más aun, la infiltran, obligando a que se las reconozca por el mero hecho de existir.

Hay que decir, no obstante, que, en general, se aprecian marcadas distinciones entre las publicaciones electrónicas que se hacen dentro de Cuba, y aquellas que se hacen en el exilio. En el primer caso, se trata de una producción cultural institucionalizada —eso que muchos llaman «oficialista»— y dirigida al extranjero, es decir, encaminada a proyectar y difundir una *imagen* de Cuba. Estas revistas nacen y sólo pueden existir subvencionadas por el Estado.

Las revistas que se hacen fuera de Cuba no miran hacia Cuba —es decir, hacia el espacio físico de la Nación— o, cuando menos, no de manera exclusiva. La Cuba que interpelan no tiene punto de anclaje en ningún lugar geográfico específico. Los lectores de *Cubista Magazine*, o de *Decir del agua*, o de *La Habana Elegante* pueden estar —y están— en cualquier parte del mundo. Saber esto, comprenderlo, e incluso disfrutarlo, les confiere a todas ellas una libertad que sería inimaginable, por ejemplo, en *La Jiribilla*. Sobre todo, porque las revistas son, por lo general, financiadas por quienes las realizan, lo cual les garantiza, a su vez, autonomía editorial.

Estas revistas no están obsesionadas con la representación de Cuba, si bien la están representando. Sólo que al decir *representación*, lo hago pensando, no en la formulación de una identidad sin fisuras, sino, por el contrario, en una identidad porosa, concebida como fractura. Las revistas mismas son, pudiéramos decir, fracturas; ellas contribuyen a deslavar la imagen sólida, nítida, de una nación que ahora menos que nunca pueden fijar las cartografías políticas de la nacionalidad, no importa dónde o al servicio de qué intereses continúen produciéndose.

## II. CUBISTA MAGAZINE: LA NACIÓN AL CUBO

Una de las más recientes publicaciones electrónicas del exilio cubano es *Cubista Magazine* ([www.cubistamag.com](http://www.cubistamag.com)), cuya creación data de 2004. Su Consejo de Redacción —en sí mismo un muestrario de movimientos diaspóricos— lo integran: Enrico Mario Santí (Los Ángeles), Ernesto Hernández Busto (Barcelona), Carlos Aguilera (Dresde), David Landau (Los Ángeles), Rolando Sánchez Mejías (Barcelona), Néstor Díaz de Villegas (Los Ángeles) e Idalia Morejón (São Paulo). La revista está organizada en las siguientes secciones: *utopista* (ensayo), *xlibris* (narrativa), *cámara* (crítica de arte), *stanza* (poesía), *blog* (correspondencia de lectores)<sup>4</sup>. En *Cubista Magazine* han publicado, entre otros autores, Enrico M. Santí, Alessandra Molina, Rafael Rojas, Eduardo González, Rosa Ileana Boudet, Duanel Díaz, Ernesto Hernández Busto, Carlos Victoria, Carlos Aguilera, Jorge Salcedo, etc.

Quizá sea su propio nombre una de las evidencias más significativas de la voluntad de dismantelar el absolutismo del discurso nacionalista cubano. En efecto, *Cubista Magazine* no falla en suscitar los cruces de sangres más diversos. El nombre de la revista flota, primero, entre el inglés y el español. Denominada como podría serlo cualquier «magazine» norteamericano, *cubista*, en cambio, se afirma en el español. He dicho se afirma, pero aun aquí hay que ir con cuidado. Después de todo, el cruce del español *cubista* al inglés *cubist* (y

viceversa) es casi tan imperceptible, que esa vecindad resulta, sin dudas, confusa. Al mismo tiempo, *cubista* llama a otros significados. Así, por ejemplo, uno no puede dejar de pensar en el movimiento cubista europeo, ni tampoco en que la raíz «cub» arrastra consigo a Cuba. Irónicamente, sabemos que esa raíz no es, sin embargo, la raíz de Cuba, sino más bien de una figura geométrica: el *cubo*. Y es aquí donde entramos en otras asociaciones: Cuba *al cubo* (¿platillo nacional? ¿invitación al patricidio?: echemos a Cuba al cubo). Y como si todo esto no fuera todavía suficiente, recordemos que el sufijo «ista» se utiliza en español en la formación de nombres de profesiones, oficios (maquinista, concertista, violinista, repentista), así como de otras palabras que, pudiendo funcionar como nombres o adjetivos, significan partidario de o adicto a (extremista, comunista, derechista). Entonces, si *Cubista* se refiriera en verdad a Cuba, ¿cuál sería su significación última? ¿Partidario o adicto a Cuba? ¿Más cubano —por *cubista*— que ningún otro compatriota? ¿Una profesión? (¿Qué tal la ocupación profesional de la cubanidad?). La apertura del significante que, como hemos visto, propone *Cubista Magazine* desde su propio nombre, es tal, que resulta virtualmente imposible fijarle un rumbo inequívoco.

Otros elementos a considerar en *Cubista Magazine* lo son también los nombres de las secciones y las portadas de los únicos dos números que han salido hasta ahora. En la edición correspondiente al otoño de 2004, la portada es una obra del artista plástico cubano Arturo Cuenca (Holguín, 1955), quien reside en Nueva York desde 1991. Se trata de una de sus obras sobre el puente Brooklyn, y en la que la manipulación de la imagen digital nos devuelve la imagen icónica del puente (a)islada y en estado de disipación. Estamos frente a un puente que no conecta, que no reconoce sus orillas —ninguna de las dos—, que no nos permite cruzar a ningún territorio, ni venir de ningún lado. Fragmentación, fuga, disolvencia del espacio urbano/nacional/del sujeto. Sobre la cuerda floja del puente y el humo, *Cubista* propone un lugar de paso, de caminos entrecruzados. Leer, hojear, lanzar el nombre al azar del juego; combinar las infinitas caras del cubo, no para lograr la revelación de una sustancia, sino su espejismo. Cuba, parece sugerir la revista, es ese espléndido *Barco de tierra* (1995) de Lydia Rubio que Enrico Mario Santí comenta en un hermoso artículo —por cierto, publicado en español e inglés— titulado: «Arco invisible»<sup>5</sup>. Hay un curioso contrapunto entre el título del cuadro y la alusión de Santí al «radiante barco fantasma (...), perdido en el esplendor de imaginarios mares». Mar, tierra, escritura. Barco «de tierra», encallado en el paisaje: barco y paisaje bamboleándose en «imaginarios mares». Barco que ha perdido la brújula, el sentido de la dirección; inmóvil y al paio; enterrado en el viaje, siempre en dirección contraria a las manecillas del reloj de las pedagogías nacionales.

### III. DECIR DEL AGUA: DESLOCALIZACIONES DE LA ESCRITURA

El poeta Reinaldo García Ramos es el editor de *Decir del agua* ([www.decir-delagua.com](http://www.decir-delagua.com)), revista digital de poesía cuya primera entrega apareció en noviembre de 2002. Al igual que *Cubista Magazine*, *Decir del agua* ha

publicado mayoritaria, mas no exclusivamente, a los escritores cubanos en el exilio. Así, entre los poetas que han encontrado un espacio en la revista figuran Georgina Herrera (quien reside en La Habana), Ezra Pound, y los japoneses Taniguchi Buson, Matsuo Munefusa (Basho) y Shiki Masaoka; los tres últimos en traducción de Orlando González Esteva. Creo, sin embargo, que uno de los logros más relevantes de *Decir del agua* ha sido el de articular no un paisaje continuo, completo, de la poesía cubana, sino uno sujeto a continuos deslizamientos, dislocado por los tumbos de la historia. Basta hojear el catálogo de poetas cubanos en el exilio que nos presenta *Decir del agua*, para que se nos revele la Isla arrancada «de su sitio», desasosegada, tal como la vieron Reinaldo Arenas, Roberto Valero, José Kozzer, Félix Lizárraga, Emilio de Armas, Orlando G. Esteva, Rita Martín, Juan Carlos Valls, María Elena Cruz Varela, Heriberto Hernández Medina, Reinaldo García Ramos y Esteban Luis de Cárdenas, entre muchos otros. Ésta es una Cuba hecha, en verdad, del parloteo del agua, de golpes de remo, de incesantes anclajes y desanclajes, de brújulas que han perdido el sentido de la orientación. El deseo de *Lo cubano en la poesía* de «tener una comunicación inmediata, prístina, con los textos y sus hombres»<sup>6</sup>, se frustra definitivamente. No puede haber ya una comunicación inmediata, porque entre el oído anhelante y la supuesta voz «prístina», no han dejado de mediar las censuras, las expulsiones —como la que *Lo cubano...* hace de Virgilio Piñera—, la prístina cartografía revolucionaria: «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada». Esa *nada*, en verdad por mucho tiempo expulsada del «adentro» nacional, se afirma ahora en un territorio sin cartografías, al garete, pero que, por lo mismo, revierte las distinciones entre el «afuera» y el «adentro» al mostrarlas como lo que son: espejismos, trucajes, efectos especiales que apuntalan la casa del poder.

Otro de los méritos de *Decir del agua* y, por extensión, de las publicaciones literarias del exilio —lo mismo las impresas que las electrónicas— es el de construir una memoria alternativa, una memoria *otra*, un contra-canon. Esto último, no en el sentido de absoluta negación del canon construido en la Isla, sino en el de suplementariedad y desafío. Eso es lo que propone *Decir del agua*, por ejemplo, al rendir homenaje al poeta Antonio Desquirón, de Santiago de Cuba. Se trata de un conmovedor homenaje a un poeta que hoy casi nadie recuerda. Además de los comentarios de Carlos Victoria y de David Lago González, el modesto, pero necesario y bienvenido dossier se enriquece con los poemas de Desquirón, y con fotos familiares. El resultado no puede ser más conmovedor. Encuadradas por la escritura, esas instantáneas del pasado lejos de «iluminarnos» el país, lo tornan más opaco, revelan su irrealidad. En uno de sus versos, y «en medio de la noche», el sinsonte cubano se entrega a un delicioso cambio de máscaras: «Sinsonte, cenizontle, sentsonitli, voces infinitas / entre los mangos bizcochuelos»<sup>7</sup>. La «cubanía» del sinsonte cede su lugar a una identidad hecha ahora de vuelos migratorios, de misteriosas intermitencias. Inscrito en, y sometido a las veleidades y vibraciones del lenguaje, «lo cubano» empieza a deshilacharse, su plataforma insular se aligera, comienza a cambiar de sitio.

IV. *LA HABANA ELEGANTE*, AUNQUE LO REPROCHE (LA) PATRIA

Después de *Cubista Magazine* y *Decir del agua*, saltar a un título como el de *La Habana Elegante* ([www.habanaelegante.com](http://www.habanaelegante.com)), parece ser un salto hacia atrás, y, en realidad, así es: *La Habana Elegante* es la decana de las revistas electrónicas de literatura cubana. Su primer número salió a la Red en la primavera de 1998, y desde entonces no ha dejado de salir trimestralmente, sumando ya, con la presente edición, veintinueve números consecutivos. Pero, no es sólo por esto que *La Habana Elegante* nos obliga a mirar hacia atrás, sino también por su nombre mismo, que fue el de la revista modernista cubana más importante a fines del siglo XIX<sup>8</sup>. En ella, además, publicó casi toda su obra Julián del Casal (1863–1893)<sup>9</sup>. Precisamente, es la devoción personal que he tenido siempre por Casal lo que me hizo concebir la idea de reanimar *La Habana Elegante*; devoción, sí, pero también un —hasta ahora inconfesado públicamente— deseo de desquite.

En 1993 los escritores más jóvenes —y otros que, como yo, no lo éramos ya tanto— quisimos homenajear a Julián del Casal con motivo de cumplirse el centenario de su muerte. Como el espacio no me permite extenderme en otros detalles, sólo diré que dos de los proyectos de ese homenaje consistían, primero, en la reedición (facsimilar) del número especial que *L.H.E* le dedicó a Casal con motivo de su muerte<sup>10</sup>, y, segundo, la edición de un número especial, conmemorativo, que recogería una generosa selección de ensayos, cartas, artículos, poemas sobre Casal, desde 1893 hasta 1993<sup>11</sup>. De esta manera, el conjunto de ambas ediciones constituiría una muestra de las reflexiones que Casal había suscitado en la cultura cubana a lo largo de cien años.

La edición facsimilar nunca se realizó, y de la segunda apenas se imprimieron —hasta donde recuerdo— entre 200 y 300 ejemplares. Hay que agregar que ésta, casi hasta unas horas antes de su presentación, estuvo constantemente en peligro de frustrarse. Se imprimió, además, en un papel de la peor calidad, y no pudieron entrar en ella dos textos que fueron censurados<sup>12</sup>. Todo esto no hizo sino confirmar lo que siempre habíamos sabido: Casal seguía siendo un poeta de devociones personales, y ajeno a los proyectos y a los intereses de quienes se seguían considerando a sí mismos el cura y el barbero de la cultura cubana<sup>13</sup>.

Si lo sucedido en 1993 no hubiera sido suficiente para despertar mi deseo de imponernos al casi absoluto fracaso —desde un punto de vista estrictamente institucional—, está también lo que Fina García Marruz comenta en el prólogo a las *Poesías y Cartas* de Juana Borrero. Al incurrir en la habitual oposición Martí vs. Casal, expresa: «Ni una palabra de reproche [por parte de Martí] a los que hacían *La Habana Elegante* mientras él hacía *Patria*»<sup>14</sup>. Arrogante e injusto comentario que sólo puede hacerse si se ignora o se nos escamotea lo que Martí mismo le dice a Enrique Hernández Miyares en la única carta que le escribió: «No tiene la semana para mí día más grato que el lunes, cuando encuentro en mi mesa, entre los periódicos de Cuba, *La Habana Elegante*»<sup>15</sup>. Había que volver por los fueros de *La Habana Elegante*, y daba lo mismo que el reproche viniera del *Granma*, o de *La Gaceta de Cuba*.

*LHE*, en su segunda época, nace, pues, también, de la voluntad de disputar la ciudad, el país. Quizá uno de los mejores ejemplos que podríamos mencionar en este sentido es lo que ya se conoce entre nuestros amigos como «la vuelta a la ceiba». Cada año, al llegar la medianoche del 15 de noviembre, los habaneros acuden al Tempete, en La Habana Vieja, para celebrar el aniversario de la fundación de la ciudad. La tradición exige darle tres vueltas a la ceiba sembrada a la entrada del Tempete y pedir un deseo. Los lectores de *La Habana Elegante* pueden darle también sus vueltas a la ceiba. Cada año, al llegar esa noche, abrimos las puertas de nuestro Tempete virtual. Allí pueden leerse, al pie de la ceiba, los mensajes enviados por los lectores junto a los más variados artículos y textos sobre la ciudad: Antonio Bachiller y Morales alterna con Jesús J. Barquet, «el guajiro de Manicaragua», Félix Lizárraga, «el suplicante de Chicago», quienes, a su vez, alternan con los testimonios sobre la ciudad de viajeros del siglo XIX: James M. Phillip, Robert W. Gibbes, J. Hawkes, Samuel Hazard, y con los de Ángel Calcines (de *Opus Habana*, revista hecha en La Habana). En otras ocasiones, se suman a la fiesta hasta los muertos: José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Jorge Mañach, Julián del Casal. Allí se intercalan, además, grabados del siglo XIX, postales republicanas o fotografías recientes. La ceiba y la ciudad se liberan así de la causalidad histórica y geográfica, y sus raíces se afincan en una encrucijada de espacios y temporalidades heterogéneos, de fugas y de imprevisibles encuentros.

La revista ha dedicado números o páginas monográficas a escritores cubanos que residen en España, en La Habana, en Miami. Tiene páginas destinadas, específicamente, a la narrativa, al ensayo, a la poesía. Hemos publicado dos títulos con la editorial *Verbum*, de Madrid, por suscripción popular. Primero, fue la antología de la poesía cubana *La Isla en su tinta* (2000), y, luego, un número especial de *LHE* para celebrar su V aniversario en la Red (2004). Aunque la revista es, principalmente, de literatura y cultura cubanas, tenemos una página dedicada a América Latina («La expresión americana»), y le hemos dedicado homenajes a Jorge Luis Borges, Jacques Derrida y Luis Cernuda, lo mismo que a Lydia Cabrera, Jorge Mañach, o Heberto Padilla y Reinaldo Arenas.

Una de las páginas más gustadas por nuestros lectores es «La lengua suelta», que firma Fermín Gabor. La ironía y la burla, combinadas con un conocimiento de los últimos sucesos de la cultura en la Isla, han hecho que sea la de Gabor una de las lenguas más buscadas (por unos) y más temidas (por otros) de toda La Habana. La referencia a Gabor en un número de *La Gaceta de Cuba*, tanto como los anónimos que han estado circulando a través del correo electrónico, demuestra que, inobjetablemente, ya no es posible seguir insistiendo en la monopolización de la cultura cubana. Ahora, las intervenciones son mutuas, y tienen lugar en todas direcciones. Toda nación está hecha de espejismos, de solidaridades cuya apariencia de realidad garantizan los dispositivos de la Ley, su sistema de fuerzas. Las revistas electrónicas contribuyen a desactivar los mapas al articular un cruce, una red de miradas que pasan, atraviesan la Isla —son interpeladas por ella—, pero que también la perforan. El

monitor donde la ciudad asoma con la fuerza incontrastable de su presencia, también la disemina, inutilizando, uno tras otro, los viejos ardides, la nostalgia del ojo. Nos entregamos, entonces, al placer de perder el país en los atolladeros de la distancia. Nos conformamos con una ráfaga, con una playa vacía, con el ardor de un pájaro que hace trizas, de pronto, un buda/un mártir de yeso.

**1** Menciono sólo algunas de las más destacadas: *Exilio* (1965-1974), *escandalar* (1980-1985), *Mariel* (1983-1985), *Linden Lane Magazine* (1982) y *Encuentro* (1996).

**2** De hecho, muchos de los escritores más importantes nacidos en los 60, están fuera de Cuba.

**3** Real Academia Española; *Diccionario de la lengua española*; Espasa Calpe, Madrid, 2002, p. 2306, t. 2.

**4** En su primer número sólo aparecían las secciones *utopista*, *exlibris*, *cámara* e *imail*.

**5** Leído en la Galería Americas Collection, de Coral Gables, Fl., el 21 de enero de 2003, en la apertura de la muestra de la serie *Viñales*, de Lydia Rubio.

**6** Vitier, Cintio; *Lo cubano en la poesía*; en *Obras*, 2; Letras Cubanas, La Habana, 1998, p. 28.

**7** Desquirón, Antonio; *Decir del agua*, sexta entrega, abril, 2004, p. 12.

**8** *La Habana Elegante* (La Habana, 1883-1891; 1893-1896). Su mejor etapa transcurrió bajo la dirección de Enrique Hernández Miyares (desde el 1.º de enero de 1888 y hasta su desaparición definitiva). En agosto de 1891 desaparece *L.H.E.* para refundirse con la revista *La América*, bajo el nombre de *La Habana Literaria* que fue, en cierta medida, una continuación de *L.H.E.* Ésta reaparece el 8 de enero de 1893. Entre sus numerosos colaboradores cubanos, podemos mencionar a Enrique José Varona, Mercedes Matamoros, Augusto de Armas, Esteban Borrero Echeverría, Cirilo Villaverde, Ramón Meza, Juana Borrero, etc. Muchos escritores extranjeros, como Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Zeno Gandía, Jorge Isaacs, Ricardo Palma, etc., colaboraron también en sus páginas.

**9** Uno de los poetas cubanos más importantes y, según Piñera, el primer poeta moderno de Cuba. No obstante, el lugar que ocupa en el *canon cubensis* es central y marginal al mismo tiempo.

**10** Casal murió el 21 de octubre de 1893. El número especial que le dedica *L.H.E.* salió el 29 de octubre de 1993.

**11** Seleccionamos textos, entre otros, de José Martí, Rubén Darío, Paul Verlaine, Manuel Sanguily, José Santos Chocano, José Manuel Poveda, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Camila Henríquez Ureña, Dulce María Loynaz, Virgilio Piñera, Oscar Montero, Abilio Estévez, Víctor Fowler, Antonio J. Ponte, y Pedro Marqués.

**12** «La opereta cubana de Julián del Casal», de Lorenzo García Vega, y un ensayo de Esperanza Figueroa. La explicación de Fernando Rojas, director de la Casa Editora Abril, fue bien clara: una resolución del Buró Político del Partido Comunista de Cuba prohibía publicar a escritores que habían abandonado el país. De nada valió alegar que la Dra. Figueroa había salido de Cuba mucho antes de que triunfara la Revolución Cubana. Pero éstas no fueron las únicas censuras que nos impusieron. Otra de las propuestas para conmemorar el Centenario de Casal fue crear la sección «Hojas al viento» en el periódico *Juventud Rebelde*. Escritores de diferentes generaciones publicarían en ella —mientras duraran los actos conmemorativos— sus reflexiones sobre Casal. El periódico nos negó ese espacio, pero finalmente aceptó. Le correspondió iniciar la sección al poeta Ismael González Castañer con un bello texto en que comparaba La Habana de Casal con la nuestra. El artículo fue censurado y la sección clausurada.

**13** Roberto Fernández Retamar, por ejemplo, a quien le había solicitado un texto para la sección *Hojas al viento* —por supuesto, antes de que fuera censurada—, sólo pudo entregarnos una copia —que todavía conservo— de sus «Palabras» [cuando le fue otorgado] el Premio Nacional de Literatura, el 10 de febrero de 1990. No pudo escribir nada nuevo sobre Casal.

**14** García Marruz, Fina; prólogo a Borrero, Juana; *Poesías y Cartas*; Arte y Literatura, La Habana, 1978, p. 51.

**15** Esta oposición es, podría decirse, uno de los lugares comunes de la crítica literaria cubana. Cintio Vitier, por ejemplo, comenta: «El mundo oculto que se creó Casal (...) permanece (...) en nuestra imaginación, secretamente opuesto a la inspirada oficina comunicante de José Martí en Nueva York» (énfasis nuestro). Cintio Vitier; «Poetas cubanos del siglo XIX. Semblanzas»; *Obras* 3, *Crítica* 1; La Habana, Letras Cubanas, 2000, pp. 242-43. Los términos de la oposición están claros: Casal es la impostura y la fragmentación; es el cuerpo extraño y extranjero. La oficina de Martí conduce a la manada, al totalitarismo del grupo; las preferencias de Casal, al exilio.

**16** José Martí; «Carta a Enrique Hernández Miyares»; en José Martí; *Obras Completas*, t. 1, La Habana: Edit. Lex, 1946, p. 787.